

## LOS MAESTROS DE CANTO

MUCHAS y pesadas asignaturas se debe engullir un cebrebro para que el individuo se gradúe de cirujano o de jurisconsulto; horas de vigilia se deben pasar para que un ingeniero edifique puentes, abra puertos o trace calzadas; pero con mucha audacia y mucha ignorancia y mucho descaro se puede un filisteo erigir en maestro de canto.

Esta es una industria que ha brotado como el hongo, en una noche: no hay villa en el mundo donde la cría no pulule como los renacuajos. Recuerdo que en Fielding, aldea de tres mil habitantes en Nueva Zelandia, existía una legión de profesores vocales.

Es la profesión más fácil de explotar: un piano, tres retratos de cantantes, un par de carteles en colores editados por la casa Ricordi, un método especial y el *Estudio* queda establecido...

Cada profesor tiene su método ¡el único! Algunos cuelgan en los muros series de planchas anatómicas, donde se ven los órganos respiratorios, asquerosamente dibujados, algunos laringoscopios: éstos son los científicos.

Otros, llenan las paredes con objetos sacros, corazones de María, crucifijos de plata, rosarios, palmas secas de lejanos Domingos de Ramos: éstos son los místicos.

Otros exhiben pajizas coronas con dedicatorias en oro sobre pálidas cintas, galería de retratos en trajes de Enzo, de Mavisco, de Radamés, de Hernani; autógrafos de Verdi y Ponchielli: éstos son los fantasmas del pasado.

Todos van en fantásticas peregrinaciones a través del mundo, en busca de un campamento, donde abrir el piano y desarrollar el volumen de las charlatanerías: New York alberga más de cinco mil; París tiene uno en cada esquina; Milán es un hormiguero y Buenos Aires puede enviar un ejército lírico en conquista de la Walhala ideal.

Cualquier cantante fracasado, cualquier tocador de timbales o de fagot, cualquier aficionado que oyó a la Patti y a Mongini, se anuncia en letras de molde como Profesor de Impostación Vocal.

Conozco un catalán en New York que no tiene voz, que nunca ha cantado; pero que fué un abonado al Liceo de Barcelona por veinte años y con esa débil credencial se ha establecido como árbitro del Arte Lírico.

En Milán vive un toscano, Paolo Guetta, que tocaba el cornetín en la orquesta de Pergola, gran chalán, furfante e hinchado que ha escrito libros sobre el mecanismo de la voz y enseña con un divertidísimo método: los primeros seis meses se deben dedicar a un ejercicio mudo que consiste en domar los músculos de la lengua para abrir lo más posible la cavidad de la garganta. A los seis meses el discípulo canta o tiene un cáncer en la laringe.

Otro corista por muchos años llamado Vonwiller hace jurar sobre un crucifijo el secreto de su método que consiste en levantar la cola de un piano de conciertos según se van cantando las notas agudas.

Un catalán—los catalanes forman una epidemia lírica—antiguo comandante de cazadores, da sus lecciones al aire libre, en plena campiña lombarda, y cuando el discípulo ataca un agudo—esa pasión por los agudos!—*fa* para un bajo, *si bemol* para un tenor, *re* sobreagudo para una infeliz tiple, los hace emprender una carrera de casi un kilómetro.

En La Habana vive un florentino, antiguo sustituto de director de orquesta que emigró por las bombas de los profesores de música; ensayaba el *Lohen-*

*grin* en Vicenza y la orquesta se puso de acuerdo para tocar el prelude medio tono bajo; y el peregrino director no notó el transporte. Otra vez, un profesor se equivocaba y como no pudiese por su falta de oreja precisar quién era el culpable, dijo: "señores, alguien se equivoca, por evitar que se avergüence, no lo nombro." En cambio en los ensayos, insultaba a las mujeres y temblaba delante de los hombres! El discípulo que cae en sus manos sale desplumado.

El viejo tenor Ortisi que cantaba muy bien pero enseñaba muy mal, hace que el *allievo* muerda una barrita de goma que ata con un cordón al candelero del piano y tal parece el desgraciado un triste can con bozal.

En Chicago vive un maestro, que obliga al neófito a cantar tirándose de la lengua y nada más ridículo que ver las bellísimas misses con medio palmo de lengua colgando sobre la mandíbula.

En Milán, el Barón Lentini que no sabe tocar el piano ni ha cantado en su vida, ordena para el desarrollo de la voz, oler continuamente amoniaco y recomienda a los alumnos frecuentar las columnas mingitorias de la ciudad.

Otros se dedican a enseñar bajo un método voluptuoso: un maestro en New York y una tiple en Milán—la señora Arkel—acariciaban perniciosamente a los alumnos del sexo opuesto al maestro haciéndoles preguntas criminales.

Cada maestro dicta una vocalización diversa según la manera de su canto—si fué cantante.

En Milán, un tenor tenía la manía de cambiar las vocales y donde había una *a* cantaba en *e* y la *o* la cambiaba en *i* haciendo célebre la frase del *Celeste Aída*, cantando en vez de *un trono vicino al sol*, la chistosa *un treno vicino al sil*. Y enseña con una jerigonza, un *a me te ne te le*.

En París el inteligentísimo maestro vasco, Marqués de Trabadelo, tiene una cantilena especial *ti-ti-ga* y sus discípulos, casi todos ricos y del gran mundo parisiense, presididos por el amable y entusiasta *dilettante* cubano Francisco Alvarez, formaron un *Titiga Club*.

En Nápoles, un maestro que es agente y jefe de la claqué al mismo tiempo, dicta el método del macarrón: "Dos kilos de spaguetti a cada comida" y a los seis meses si el alumno tiene un barrigón como un tonel, comienza la operación de importar la voz. Con su delicioso acento de *Porta capirana*, me decía: "*Senza pancia impossibili di far un tenore.*"

El caso más sorprendente, esta vez de parte del discípulo, fué el de una señorita norteamericana, Miss Cook, de Boston.

Una tarde, a la hora del té, entró como una tromba en mi apartamento, y rosada como una flor me dijo:

—Estoy radiante de gozo. He tomado una lección maravillosa. ¡Qué maestro! ¡Qué genio musical!

Yo, intrigado, pregunté:

—¿Puede usted darme el nombre de esa perla?

—Gayarre, el tenor español Gayarre!—me dijo serenamente.

—¿Gayarre? Pero si el gran Julián ha muerto hace una barbaridad de tiempo.

—No importa. Tomo las lecciones por el método del espiritismo. A través de una *medium*.

Creo que la sangre me brotó del labio—tanto lo mordí—para evitar la carcajada que me ahogaba...

Habana, 1927. Francisco G. DE CISNEROS.